

88 HVA/3554

reportajes



INDALECIO PRIETO

de

Vendedor de periodicos

Ministro de la República

10564



3
105647

Reportajes

publica en este número:

Indalecio Prieto

De vendedor de periódicos
a Ministro de la República

Dice Ramón González Peña

por Virgilio de la Pascua

Roberto Castrovido

por Fernando Pintado

El último borbón francés

por Ricardo Fuente

¡Sin trabajo!

por Emilio Zola

El cuervo

por F. Pi y Arsuaga



REPORTAJES

Revista quincenal

Director: Fernando Pintado

Año I

Oficinas: Arrepentidas, 7 - BARCELONA

Núm. 2

Indalecio Prieto

De vendedor de periódicos a Ministro de la República

SU INFANCIA SEMBRADA DE DOLOR

Allá por el año 1880... nació Indalecio Prieto Tuero, en la capital de Asturias, de una familia de la clase media. Su padre era contador del Ayuntamiento de Oviedo.

Muy niño aún, quedó Prieto huérfano de padre. La familia agotó pronto los recursos de que disponía y no tardó en conocer los horrores de la miseria.

La infancia de Prieto transcurrió en esa triste situación de las casas venidas a menos, donde una viuda que fué señora acomodada, desafía a la miseria con toda dignidad. Poco a poco se iban cerrando hasta los caminos de la vieja amistad, y la familia de In-

dalecio se trasladó a Santander y más tarde a Bilbao. La vida siguió siendo dura para ellos; pero en Bilbao no sufrían el tormento de que fuesen testigos de tanta desventura los mismos ojos que habían contemplado sus días prósperos de otros tiempos.

Tendría por entonces Indalecio Prieto unos doce años. La necesidad le obligó a dedicarse a los más humildes menesteres para llevar algún auxilio pecuario a su casa. No aprendió un oficio manual. Su situación no permitía la duración del aprendizaje sin ganar nada. Era lo urgente llevar a casa dinero. Y Prieto vendió periódicos, cerillas, papel y sobres, boquillas, abanicos, de todo eso que se vende mariposeando por las calles. De aquella época de su vida datan esos resabios

de pilluelo que le salen de adentro de vez en cuando. Pero Prieto no se entregó a su desgracia. No capituló ante la miseria. Trabajó sin cesar. Aprovechó todos los momentos para instruirse. Tenía aspiraciones. Quería restablecer su hogar para que su familia pudiera volver a vivir su vida de antaño.

CAMINO DE SU REDENCION ECONOMICA

Pensó en que la taquigrafía podía darle un porvenir y estudió taquigrafía. Se examinó y le dieron sobresaliente. Era ya taquígrafo. Tenía una profesión. Los periodistas de Bilbao que le conocían, le querían de verdad. La colocación era fácil. Los periódicos de Vizcaya empleaban taquígrafos para tomar las conferencias telefónicas con Madrid. Prieto ingresó en la Redacción de «La Voz de Vizcaya». Le señalaron un sueldo apreciable. Empezó su redención. Del ambiente de la calle, del aire libre, pasó al ambiente de la Redacción de un periódico, sin conocer el del proletariado de la fábrica o del taller, por propia experiencia, sino por reflejos de la vida periodística. Estudió afanosamente cosas prácticas. Y como tenía talento y un carácter simpático, se abrió pronto camino, consiguió amistades, conquistó toda clase de elementos, y su posición social y económica mejoró notablemente, logrando su propósito de restablecer su hogar y mantener a su familia en la posición acomodada de otros días. De «La Voz de Vizcaya» pasó a «El Liberal», de Bilbao, y no tardó, no sólo ya en ser uno de los elementos más importantes de este periódico, sino en ser uno de sus orientadores e inspiradores más atendidos por el Consejo de Administración del mismo.

Por entonces ingresó Prieto en el Partido Socialista. Prieto no necesitó luchar para abrirse paso y significarse. Fué suficiente situarse y saber esperar. El Partido Socialista seguía su marcha sin fijarse en Indalecio, pero de tal manera fueron evolucionando las fuerzas proletarias del socialismo español, que al cabo de los años todas sus legiones fueron colocándose detrás de él, en tal forma que ya hace mucho tiempo que es su jefe político, su defensor y orientador en las lides parlamentarias, su caudillo en la calle y su representante preferido en los Gobiernos de la República.

Con Prieto se ha repetido un fenómeno muy español. Un hombre como él, que salió de la nada, sin ningún título académico, que no perteneció a la clase proletaria, llegó a ser fácilmente el jefe natural del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores, agrupaciones importantísimas, cuyo conjunto forma la fuerza política más numerosa de España.

Prieto, de vendedor callejero de boquillas y abanicos, ha llegado a ministro de la República, y llegará a Presidente del Consejo, empujado por el triunfo del socialismo en España.

SUS PRIMEROS TRIUNFOS

Indalecio Prieto, tal vez sin pretenderlo, se colocó rápidamente en primer término entre los socialistas de Bilbao. Verdad es que tiene Prieto tal relieve personal, que en cualquier parte donde se encuentre, más tarde o más temprano, ha de ser figura preeminente.

Por entonces, la parte de la clase media de la Agrupación Socialista de Bilbao formaba un grupo, al que se le dió el nombre de los «Intelectuales». Este grupo lo capitaneaba Prieto. Frente a este grupo se formó otro, el

de los obreros, a cuya cabeza se colocó Perezagua.

Entre ambos grupos se entabló una lucha a muerte. Los socialistas de Prieto eran una especie de mencheviques; los de Perezagua, los bolcheviques. Impregnados aquéllos de un espíritu de transigencia y éstos inflamados de odio contra la burguesía, tratando siempre de imponer sus puntos de vista ásperos y a veces brutales. La contienda entre los dos grupos adquirió tales caracteres, que hubo de intervenir en ella el Comité Nacional del Partido, logrando gran relieve, con tal motivo, Prieto, que defendió con gran acierto los puntos de vista de su grupo.

SUS PRIMEROS CARGOS PUBLICOS

Los bilbaínos fijaron la atención en Indalecio Prieto y le eligieron diputado provincial y concejal. Su labor en la Diputación y en el Ayuntamiento fué de las más brillantes que se recuerdan. Estaba en su elemento, pues Prieto es esencialmente hombre de política.

Prieto se había casado y tenía varios hijos. Bilbao ofrecía pocos horizontes para él. La actividad política local no respondía a sus aspiraciones. Se trasladó a Madrid, en el año 1916, logrando un empleo con un sueldo de ocho mil pesetas en la Compañía Ibérica de Telecomunicaciones.

Y aquí hubiera terminado, tal vez, la vida política de Indalecio Prieto, que concretaba por entonces sus aspiraciones, al parecer, a gozar de una existencia cómoda, con su empleo, sus corresponsalías periodísticas y su tertulia del Café Fornos, en la que hacía gala de su talento y de su ingenio.

Pero, por lo visto, no era su destino

vegetar obscuramente, como un buen burgués confiado y despreocupado. Todos sus planes acomodaticios fueron por tierra y la política absorbió por completo todas sus actividades.

Corría el año 1917. El Comité de la Unión General de Trabajadores y el del Partido Socialista Obrero se habían fusionado para la organización de una huelga general. De todas partes apremiaban para que el Comité diera la señal del movimiento. Se pensó en mandar delegados a todas las provincias de España. Se habló de Vizcaya, y Eduardo Torralva Beci propuso a Prieto para que se trasladase a Bilbao con la misión de organizar la huelga en toda la región. Pablo Iglesias, sin gran entusiasmo, aceptó la proposición, por ser criterio general del Comité que Prieto era el individuo que reunía mejores condiciones para ponerse al frente del proletariado de Vizcaya.

Parte del Comité sostenía el principio de que la huelga había de ser revolucionaria. Defendían este parecer Largo Caballero, Virginia González y Torralva Beci. Prieto, que opinaba como éstos, manifestó que no daría un paso si el Comité no acordaba que la huelga fuese revolucionaria, agregando: «Yo personalmente no concibo que se pueda hacer una revolución y derribar un régimen con una huelga pacífica».

Prosperó la opinión de Prieto y el Comité acordó que la huelga fuese revolucionaria. En realidad fué una huelga política, contra el régimen monárquico, que no determinó el triunfo de la República por la falta de unidad entre socialistas y republicanos.

Pero Indalecio Prieto, que fué siempre un republicano sincero y valiente, se lanzó a la aventura de 1917 con verdadero entusiasmo. Algunos de sus amigos de Bilbao, capitalistas a quienes halagaba la aventura, porque no

desconocían la finalidad que guiaba los pasos de Prieto, le ayudaron en aquellos momentos. Y Prieto consiguió y repartió armas en Bilbao, y cuando ya estaba todo dispuesto para lanzar las masas a la calle y ponerse al frente de ellas, recibió órdenes severas, terminantes, del Comité de huelga, en el sentido de que el movimiento fuera totalmente pacífico. Prieto, decepcionado, no tuvo más remedio que rendirse y pasar la frontera para librarse de gravísimas responsabilidades. Y en Francia vivió refugiado cerca de un año, hasta que, en 1918, el pueblo de Bilbao premió su actuación social-republicana con la investidura de diputado.

Con su acta de diputado empezó Indalecio Prieto su vida pública en Madrid. En las sesiones en que se depuraron los sucesos de agosto del año anterior, el discurso de Prieto fué el más correcto, el más emocionante y, por lo tanto, el más parlamentario. En aquella intervención puso de manifiesto su superioridad sobre todos sus compañeros de minoría. Las miradas se fijaron en él porque él ofrecía más interés que ninguno de sus compañeros. Ni Iglesias, ni Anguiano, ni Saborit, ni Largo Caballero consiguieron captarse las simpatías generales de la Cámara y de la Prensa. Sólo Prieto y Besteiro triunfaron completamente. Pero Prieto fué el héroe, el más afortunado, el que logró el puesto más brillante. A él se le consideró desde los primeros momentos el jefe de aquel plantel de diputados socialistas.

Los periodistas, que son los forjadores de la fama, se dieron cuenta de que estaban ante un gran parlamentario. Desde este punto de vista lo comparaban a Lerroux. Se contaba con él para todo y no se daba un paso en el Congreso de los Diputados sin conocer su opinión.

Los monárquicos le temían. No tar-

daron en ver en Prieto al caudillo de todas las fuerzas políticas y sociales enemigas de la monarquía, que un día, no muy lejano, podrían derrumbar al viejo régimen.

En las siguientes legislaturas volvió a triunfar Indalecio por Bilbao. Y sigue triunfando y triunfará mientras viva en la capital de Vizcaya, porque su recia personalidad política y su prestigio parlamentario son valores que los bilbaínos estiman como obra suya.

SU OBRA: ¡LA REPUBLICA!

No hay que decir que Prieto puso siempre su talento y su probado valor personal al servicio de la República. Gracias a él fué posible la unión de los socialistas y republicanos, que produjo el triunfo del 14 de abril de 1931. De no haber sido por él, los socialistas no hubieran formado el frente único con los republicanos para derruir la monarquía e implantar la República. Y merced a Indalecio Prieto sigue en pie la República en 1935 y seguirá sosteniéndose y consolidándose, porque él no pierde de vista a los enemigos del nuevo régimen, que se agitan furiosos en todos los frentes.

Prieto, hombre modesto y sencillo, que no recurre jamás al tono de epopeya que repugna a su temperamento burlón y sincero, vive siempre alerta, dispuesto a sacrificarse por la República, porque la República es su obra, la obra de los humildes, de los que sufren, como él sufrió cuando era niño, hambre de pan y sed de justicia.

TODO POR LA REPUBLICA

Actualmente se encuentra en Francia Indalecio Prieto. Se encuentra en

Francia, expatriado *voluntariamente*, a consecuencia de los sucesos revolucionarios de octubre de 1934, de cuyo episodio de su vida política-social no podemos tratar debido a las actuales circunstancias.

Y desde París, cordial refugio de todos los revolucionarios del mundo, se dirige a los socialistas y a los republicanos españoles, comunicándoles su impresión y su opinión sobre el actual momento político español.

Dice así el líder de la República española :

EN DEFENSA DE LA REPUBLICA DEL 14 DE ABRIL

Bien claro está el obstinado y vehementísimo propósito de hacer que las actuales Cortes—14 de abril de 1935—, a pesar de su esterilidad—pocos Parlamentos habrán fracasado tan rápida y estrepitosamente—, duren hasta que, al cumplirse en 9 de diciembre próximo el primer cuatrienio de vigencia de la Constitución, sea posible plantear la reforma de ésta, reforma ahora no viable, porque al recomentar el número de los diputados sumisos a tal designio, se ha visto que no alcanza a los dos tercios que, como mínimo, exige durante los cuatro primeros años el texto constitucional. Reducido este «quorum» a la mitad más uno en diciembre, la composición de la Cámara permitirá entonces abrir el nuevo período constituyente... Mas como la política no se diseña con tiralíneas, cualquier accidente puede destruir estos planes, obligando al presidente de la República a disolver el Congreso, sin aguardar a que éste se disuelva por sí mismo, automáticamente, conforme dispone el párrafo penúltimo del artículo 125 de la Constitución, para cuando se acepte cual-

quier propuesta de reforma constitucional.

Pero aunque las elecciones legislativas tengan el compás de espera impuesto por los patrocinadores de la reforma, no es prematuro examinar desde ahora el problema que semejante contienda—con reforma constitucional o sin ella—plantea a las izquierdas españolas. Es lo que vamos a hacer por medio de este artículo, en el cual, antes de discurrir sobre el futuro, habremos de echar una ojeada al pasado, aunque, claro, prescindiendo de acontecimientos recientes, cuyo análisis no es de esta hora, porque lo impiden las circunstancias.

CONFESION DE ERRORES

Son sugeridas estas líneas por el deseo de fijar la posición que conviene a los socialistas en la lucha electoral más o menos próxima. Y para el mejor logro de ese deseo conviene hacer confesión de nuestros errores, dando momentáneamente de lado a los errores de los republicanos, de mucho más bulto aún que los nuestros.

A mi juicio, fué muy profundo yerro otorgar el voto femenino al iniciarse la vida del régimen republicano. La firme adhesión del Partido Socialista a todos los puntos de su programa, incluso a los más secundarios, le decidió a servir con gran ardor en las Cortes Constituyentes esa conquista política de la mujer. Pudo haber salvado decorosamente su posición teórica sin hacer que la totalidad de la cifra cuantiosa de sus votos pesara de modo decisivo en la resolución; pero prefirió esto último, y, dejándose llevar de cierto ingenuo romanticismo entregó a las derechas un arma que había de ser formidable contra el régimen al ir éste a consolidarse. La prudencia aconse-

iba cierta cautela e imponía pausas discretas antes de dar salto tan peligroso; pero con gallardía excesiva se prescindió de toda clase de precauciones. Declaro aquí un pecado venial: yo no voté esa resolución, para evitarme remordimientos, fáciles de adivinar en la alegría anhelante de las derechas. Mas ese error entra en la esfera de lo irremediable, incorporado como está el voto femenino a la Constitución.

Hablemos de otro error que puede remediarse inmediatamente: el aislamiento electoral de los socialistas en la mayor parte de las circunscripciones de noviembre de 1933. Ese aislamiento lo reputo funesto. Luché contra él cuanto pude, pero fui vencido. Se había apoderado de las masas socialistas un espíritu de violenta repulsa respecto al republicanismo, sin apenas distinguir de significaciones ni de matices, y pasamos con enorme brusquedad de un extremo a otro, de la participación en el Gobierno al aislamiento electoral.

El resultado desastroso de tal actitud apareció bien a las claras. Las candidaturas del Partido Socialista fueron las que sumaron a España mayor número de sufragios. Nuestra representación en las Cortes pudo ser, por esa cifra de votos — que no superó ninguna otra agrupación política, — aproximadamente igual a la que tuvimos en las Constituyentes, y a pesar de eso se vió reducida la minoría parlamentaria socialista a la mitad, descendiendo, en orden a la importancia numérica, al tercer grupo del Congreso, en vez de seguir siendo el primero.

Pero el aislamiento no sólo tuvo por consecuencia esa reducción de nuestra minoría, sino que contribuyó poderosamente a que los republicanos de izquierda quedaran casi huérfanos de representación parlamentaria.

Habían hecho las Cortes Constituyentes, por iniciativa del gobierno republicanosocialista, una ley Electoral favorable a las grandes coaliciones, con primas considerables a las mayorías, ley encaminada a asegurar el predominio de izquierdas. Pues bien: nuestra ceguera permitió ahorcarnos con la cuerda que nosotros habíamos trenzado. No nos ahorcó el enemigo, conste, nos ahorcamos nosotros mismos, por desdeñar coaliciones imprescindibles, a las que supo apelar el adversario sin pararse ante escrúpulos infinitamente mayores que los que nosotros podíamos tener.

En noviembre de 1933, las izquierdas coaligadas hubiesen vencido, aun con el «handicap», considerable que para ellas significaba el voto femenino. Eso lo revelan inequívocamente las cifras de los escrutinios. Basta, por ejemplo, fijarse en los resultados obtenidos en circunscripciones de predominio campesino, como Cáceres, Badajoz, Jaén, Granada, Alicante, Córdoba..., donde los socialistas perdimos las mayorías por muy escasas diferencias, para advertir que, sumados a los nuestros los sufragios republicanos que se desperdiciaron, nos daban holgadamente las mayorías con sus espléndidas primas.

Si de nuevo se incurre en tan tremenda equivocación, el predominio de las derechas, que hasta el presente puede juzgarse eventual, se convertirá en definitivo. Las izquierdas perecerán aplastadas.

«OTRO 12 DE ABRIL»

Hay a la hora actual en España una formidable reacción de izquierdas, conseguida, más que por la actuación de éstas, merced a la ineptia y cruel-

dad de las derechas. El optimismo se desborda. «Unidos — dicen los más entusiasta—, se repetirá el 12 de abril». Me parece exagerado tanto optimismo. Conviene que se disipen los vapores de semejante borrachera y que recobremos la serenidad. Optimismo, bien; pero no tanto.

Se abrigó la ilusión de que las derechas habían desaparecido del mapa político de España. El 12 de abril estaban anonadadas, y tres meses después, cuando las elecciones para las Constituyentes, aparecieron fugitivas, dispersas, acobardadas, pero subsistían. Ahora se nos presentan potentes y desafiadoras. No ha constituido esto para mí sorpresa grande. El primer acto de propaganda en que participé después del adevnimiento de la República, a los dos o tres meses de proclamada, fué un mitin en el Teatro María Guerrero, de Madrid, y allí afirmé que no existía peligro de restauración monárquica, pero sí otro peligro mucho más grave: el de que se apoderaran de la República las derechas. Nuestra obligación es salvar este trance tan terrible, en el que nos hallamos por acumulación de torpezas propias y ajenas.

El entusiasmo es agente poderoso en las luchas electorales, pero dista mucho de serlo todo en ellas. He visto perderse elecciones que tuvieron como prólogo los entusiasmos más delirantes. Tanto o más que el entusiasmo valen en estos combates la organización y los medios económicos, dos factores que se funden en uno solo, en el último, en el de los recursos económicos, porque sin dinero no hay buena organización electoral. Las derechas nos superan en esto. Ellas son ricas y las izquierdas pobres. Por el sistema de grandes circunscripciones, la elección, aun llevada con la más pulcra honestidad, exige sumas que

resultan cuantiosas para nuestra pobreza.

En 1935 la crisis de trabajo alcanza una extensión que nadie podía imaginar en 1931. Esa crisis abre margen enorme a la corrupción. Setecientos mil hombres sin jornal representan dos millones de votos entregados al soborno y a la coacción. Para conquistarlos no sería indispensable comprarlos todos a fuerza de dinero. Bastaría en muchos casos la simple oferta, acaso luego incumplida, de una colocación que acallara el hambre para que se entregaran los votos de familias enteras.

Las izquierdas apenas disponen de Prensa. Recientemente se ha dictado una ley, la de elevación del precio de los periódicos, enderezada a matar por asfixia a los que, por su tendencia izquierdista, se difunden entre gente modesta. Las derechas casi monopolizan ese instrumento de poderío sin igual. He ahí otra posición de mayor inferioridad que en 1931.

En cuanto la normalidad se restablezca, el Partido Socialista y la Unión General de Trabajadores — ¡qué ilusos y qué pazguatos quienes nos creían muertos! — resurgirán en la vida pública, no sólo sin quebranto, sino con su potencial multiplicado. Acaso este resurgimiento no se verifique de modo tan súbito en las organizaciones de campesinos que, formadas de aluvión, sin consistencia para peleas duras, fureon lanzadas durante el verano de 1934 a la huelga más insensata que puede recordarse y en la cual quedaron medio aniquiladas. Sin la suficiente conciencia sindical y política parece difícil que el proletariado del campo rehaga sus cuadros con la misma prontitud con que los reharán organizaciones obreras de mayor tradición. Además, es en la campifia donde con mayor crueldad se ceba el

hambre, y yo no suscribo la teoría — muy reciente está el ejemplo de su falsedad — de que el hambre empuja con mayor brío, más que las condiciones ideológicas, hacia la revolución. Los hambrientos van más fácilmente para esclavos que para revolucionarios.

Ahora bien; nosotros, aun siendo los más potentes, no nos bastaremos para la gran batalla, como no nos bastamos en noviembre..., como tampoco nos bastamos en otra empresa mucho más arriesgada. Durante una conferencia que di en Torrelodones a la Escuela de Verano de la Juventud Socialista, a fines del verano de 1933, hablé de lo que entonces me atreví a denominar «engreimiento socialista», apuntando a los riesgos de la creencia, entonces adueñada de muchas mentes, de que éramos ya capaces para todo y de que, por inútiles y hasta por perniciosos, debíamos rechazar auxilios ajenos. Que el engreimiento no florezca de nuevo en el paraíso de nuestras ilusiones hasta dar frutos de fatuidad.

La coalición, conveniente y necesaria en 1933, es ahora imprescindible y aparece impuesta por razones defensivas. Que nadie piense en una victoria fácil y sencilla, tan al alcance de la mano como los triunfos obtenidos en las elecciones municipales y en las legislativas de 1931. No habrá otro 12 de abril. La lucha será infinitamente más dura. Tropezaremos con un enemigo que entonces no dió cara y que ahora, fuerte y endiosado, nos opondrá combate, alineándose con todos sus efectivos y con aquellos esfuerzos suplementarios, no ciertamente despreciables, que, aunque de duración limitada, se incuban al calorillo del Poder. Nuestra victoria, posible, pero no fácil, habrá de obtenerse mediante grandes esfuerzos y por la unión de todos.

EXTENSION DE LA ALIANZA

El mes de Marzo último expuse a la Comisión Ejecutiva del Partido Socialista Obrero Español en los siguientes términos mi parecer sobre la coalición electoral:

«Creo que ésta se debe extender a nuestra izquierda y a nuestra derecha, y que constituiría un tremendo error dejarla circunscrita a una sola de las alas. Hace algún tiempo que se preconiza la conveniencia del bloque obrero, señalándose como uno de sus inmediatos objetivos el de concurrir unidos los elementos que lo formen — socialistas, comunistas e incluso sindicalistas — a una contienda electoral que se considera próxima. A mi juicio, si nos equivocamos lamentablemente en 1933, cuando el Partido Socialista se aisló en la mayor parte de las circunscripciones, nos equivocáramos también ahora al dejar limitada la alianza, en su aspecto electoral a los componentes de un bloque obrero. Considero indispensable la inclusión en tal alianza de elementos republicanos.

Nadie puede hacerse la ilusión de que el bloque obrero que tan ahincadamente propugnan algunos represente la unanimidad de los diversos sectores del proletariado organizado, pues ya se apuntan — y es seguro que luego se manifestarán en forma más aguda — varias discrepancias entre nuestros presuntos y futuros aliados; pero aun partiendo del supuesto de la unanimidad, el bloque no podría aspirar — a menos que engañosamente fuera guiado por ilusiones alocadas — a que sus candidatos triunfantes constituyesen la mayoría del futuro Parlamento. La lucha quedaría entablada, en las

circunscripciones de predominio izquierdista, entre las candidaturas del bloque proletario y las de la coalición derechista, que indiscutiblemente y bajo uno u otro apelativo habría de formarse, y el resultado de esta contienda sería fatalmente el aplastamiento de las candidaturas republicanas intermedias.

Pues bien; no habiendo de asumir el Gobierno las fuerzas parlamentarias procedentes de la alianza obrera, ni aviniéndose ninguna de ellas a participar en el Poder, fácil es, al dibujar la composición del futuro Parlamento, adivinar las consecuencias que en el orden ministerial tendría su estructura. Habría en las Cortes una minoría obrera más o menos respetable por su número; carecería el republicanismo de izquierdas de representación suficientemente nutrida para gobernar con el apoyo de los diputados del bloque, y nos hallaríamos ante una mayoría derechista a cuyas manos, y de modo fatal, habrían de ir las riendas del Poder.

Conviene, de consiguiente, que la alianza electoral se pacte en forma que de ella misma, y si los resultados son favorables, salga el instrumento de gobierno; es decir, que la formación del nuevo Parlamento sea tal que consienta el desenvolvimiento de un Gobierno izquierdista, que habría de estar sustentado por los propios republicanos de izquierda, para lo que necesitan un grupo bastante considerable de diputados propios, e igualmente apoyado en las minorías parlamentarias obreras.

Aparte de esta consideración, para mí fundamental, hay otra, y es la de que la división de los votos de izquierda en muchas circunscripciones originaría, como originó en noviembre de 1933, el triunfo de las candidaturas de coalición derechista. Es decir, que las limitaciones de la alianza elec-

toral dejándola reducida a los sectores obreros, contribuirían de modo poderosísimo a la formación de una mayoría derechista.

Contemplando serenamente el panorama nacional — insisto en un concepto antes expuesto —, no cabe soñar con la obtención de una mayoría exclusivamente obrera, porque eso equivaldría a fenómeno tan extraordinario como el de proclamar la revolución social en las urnas.»

EL PROGRAMA

DE LA COALICION

También en esto me he de referir a lo que dije en el mismo documento mío a la Comisión Ejecutiva. A los párrafos que acabo de transcribir seguían otros que pueden considerarse resumidos en el siguiente.

«Determinadas propagandas crean una situación peligrosa, en la cual se destaca el deseo de encallejonar al Partido Socialista en las soluciones revolucionarias, con desdén hacia actividades muy importantes y con olvido de que la conyuntura para las revoluciones la produce no sólo la voluntad de los revolucionarios, que a veces suele jugar papel muy secundario, sino la acumulación de factores ajenos que no se crean artificiosamente, puesto que son producto de realidades sociales y políticas muy complejas. En estas propagandas erróneas, cuyos focos residen en nuestras filas, se llega a desbordar las posiciones del comunismo para ir a caer de lleno dentro de la táctica anarquista.»

Y luego añadía:

«Por lo que acabo de exponer, veo más ostensiblemente la conveniencia de que la alianza política se haga en forma tal que nuestro Partido no se

deje arrastrar por tirones irreflexivos de los que, al juntarse a él, hayan de situarse a su izquierda.

Una alianza electoral habría de tener por base no meramente la suma de partidos o grupos, sino la fijación de un programa claro, sencillo, muy concreto, con soluciones que fueran aceptadas por todos como un compromiso de honor. Si no tuviéramos otros ejemplos de la infecundidad de alianzas hechas a impulsos negativos, nos lo ofrecería elocuentísimo el espectáculo de las derechas en el actual Parlamento, donde no han sabido construir nada, absolutamente nada, contribuyendo su infecundidad parlamentaria a su descrédito.

Base de ponencia para la alianza electoral podría ser algo parecido a lo que como programa convinieron el año último las Comisiones ejecutivas del Partido y de la Unión General de Trabajadores. Y sin plegar nuestras banderas podríamos admitir algunos recortes en ese programa, que tampoco llegaba al límite de nuestros afanes y mediante soluciones radicales, a las que quizá se avinieran los partidos republicanos de izquierda, podría encontrarse el pilar más firme del compromiso electoral.»

Hay un postulado previo a ese programa: la amnistía. Millares de obreros de todas las significaciones — socialistas, comunistas, anarquistas — llenan hoy cárceles y presidios. Su libertad es lema obligado de la bandera común. Antes que nada y por encima de todo, la amnistía. Ella basta para justificar la coalición.

Pero, además, en la contienda se ventilarán las esencias del régimen republicano, hoy desvirtuadas y en vísperas de total disipación, entrando de otra parte en juego las esperanzas de una próxima redención proletaria. La República se limitó a arañar los pro-

blemas políticos y sociales, sin profundizar en ellos. Hay que calarlos muy hondo, singularmente el de la tierra, que el Gobierno provisional, amparado en sus plenos poderes, debió resolver pronta y radicalmente para someter después su obra a la sanción de las Cortes, evitando así la pérdida de acometividad que lleva consigo toda demora y el desvaimiento inevitable cuando se quiere dibujar previamente con arabescos jurídicos una empresa revolucionaria. A fin de impedir nuevos retrocesos y dar un firmísimo paso de avance, juntémonos estrechamente todos.

¡Unidos y adelante! Al primer impulso de esa avalancha saltarán en pedazos las rejas de las prisiones para abrir paso a nuestros hermanos cautivos.

Pero la victoria, sólo por la unión posible, traerá consigo más, muchísimo más...»

Indalecio PRIETO

París, abril.

PUNTO FINAL

No hay que decir que teníamos el propósito de dar a esta información mayor amplitud en todos los sentidos... Pero el momento no es el más oportuno y nos hemos quedado con las ganas. Otra vez volveremos sobre ese tema. No obstante, hemos conseguido parte de nuestros deseos. Hemos logrado poder ofrecer a los lectores de REPORTAJES íntimos detalles de la vida ejemplar del gran republicano Indalecio Prieto y algo de su actuación revolucionaria, siempre en defensa del proletariado y de la República.

La Redacción

Dice Ramón González Peña

La reacción de izquierdas en el pueblo español, ya iniciada, es algo sencillamente formidable y avasallador

Pasaron los sucesos de Octubre, por todos y para todos lamentables.

Desde el momento en que se concedió el indulto a Ramón González Peña, sentimos unos irresistibles deseos de hablar con él. A su defensor, don Aurelio Matilla, le entregamos, no hace mucho, un cuestionario para que lo hiciera llegar a sus manos y lo contestara. Pero las respuestas no llegaban. Y hace algunos días, nos pusimos en camino para Cartagena, con objeto de ver si lográbamos hablar con González Peña. Las severísimas órdenes que se tenían en la prisión nos lo impidió. Pero, sin embargo, la entrevista no se frustró. A través de cierta persona, cuyo nombre no podemos revelar, la hemos conseguido, y hela aquí.

—¿Cómo se encuentra usted en la prisión de Cartagena?

—Aparte de lo que supone para un hombre cualquiera, luchador o apacible, la pérdida de la libertad, no me encuentro del todo mal. Sentí, sin embargo, mucho dejar la prisión de Oviedo, pues nunca podré olvidar el comportamiento de mis compañeros, su

leal y sincero afecto en aquellos momentos, quizá más terribles para ellos que para mí, en que mi vida se hallaba pendiente de la voluntad del Gobierno. Y no es jactancia; pero, francamente, no tenía yo muchas esperanzas acerca de mi indulto, razón por la cual había entrado en un período de conformidad que me hacía más llevaderos aquellos inacabables días que mediaron entre la condena y el indulto. Quiero hacer constar, con gran interés, la corrección exquisita con que me trataron los marinos al trasladarme de la prisión al penal. Los marinos españoles proceden siempre así. Lo hicieron con Marcelino Domingo en memorable ocasión, después con Azaña y ahora conmigo.

—¿Luego está usted conforme en Cartagena?

—Hubiera preferido el Dueso; pero creo que alguien pensó que mi presencia allí hubiese sido incompatible con la de Teodomiro. ¡Qué equivocación! Es no conocerme a mí. Mi encuentro con Teodomiro lo hubiese sellado con un fuerte y efusivo abrazo al infortunado camarada, al que no guardo ni puedo guardar rencor alguno, y

sí un gran afecto compasivo. De todas maneras, hay algo que en estos momentos me tiene postradísimo y que creo que en el Dueso tampoco hubiera podido evitar; me refiero al período que en los presidios llaman la cuarentena, y en el que nos está prohibido ver a nuestra familia, fumar, escribir y hasta leer. Esto es francamente horrible y no acierto a explicarme su finalidad práctica. Así que figúrese usted las ganas que tengo de que llegue el día 7 de junio, en que se cumplen los cuarenta días. Entonces viviré algo más confortablemente, aunque, según tengo entendido, en lo que respecta a la lectura de Prensa, sólo nos son permitidos los periódicos adictos a la política gubernamental. Pero puede usted decir que, aunque un poco más delgado, me encuentro perfectamente de salud, de ánimo y de espíritu.

—¿Existen en este penal más complicados en la revolución de octubre?

—No los he visto aún, aunque tengo entendido que hay más de cien camaradas en ella; pero, respondiendo a todas las intenciones que pudiera encerrar la pregunta o que alguien pudiese darle, he de decirle que como si no existiera ninguno. Di a los jefes de la prisión al entrar en ella mi palabra de honor, y la mantendré siempre, de que en el tiempo que permanezca aquí no tengo el pensamiento de darles el más pequeño motivo de contrariedad; que nunca tendrán la más leve queja de mí. Y Ramón González Peña cumple siempre lo que promete. Yo no tengo, de momento, más preocupación que la que me ocasiona el enorme deseo de que mi compañera pueda trasladar su residencia a Cartagena.

—Y, aunque apartado de la diaria actividad política, ¿qué impresión tiene usted del momento?

—En política estoy francamente oxidado. Sin embargo, mi opinión es que el actual Gobierno tendrá las Cortes

abiertas hasta julio y tratará de aprobar unos presupuestos o la prórroga de los actuales, la ley Electoral y algún que otro Tratado con países extranjeros. Y nada más.

—¿Y la ley de Prensa?

—¡De ésa, ni hablar! Y no hace falta ser un lince para hacer esta aseveración. Basta con detenerse a pensar que sólo le interesa a un sector, la Ceda, y no es el momento propicio para provocar unas discordias que claramente se pueden adivinar.

—¿Y la autodisolución de las Cortes?

—No creo en ella, entre otras cosas, porque considero imposible la constitución de nuevos Gobiernos que puedan mantenerse allí. Las Cortes ni se autodisuelven ni finalizan su mandato. Pasado octubre habrá una nueva crisis, habrá consultas y se otorgará el decreto de disolución.

—¿Resultado probable de la nueva consulta electoral?

—Las elecciones serán muy reñidas, reñidísimas. Gil Robles, como representante con los suyos de la plutocracia y de los adinerados elementos de derecha, logrará traer al nuevo Parlamento bastantes diputados; pero las izquierdas, en un frente electoral de republicanos izquierdistas y socialistas, conseguirán más, muchísimos más. La reacción de izquierdas en el pueblo español, ya iniciada, es algo sencillamente formidable y avasallador. Los partidos del centro serán los sacrificados, pues sólo lograrán una representación parlamentaria esquelética. Un hombre, por ejemplo, como D. Diego Martínez Barrio, presidente del partido de Unión Republicana, lo ha comprendido así y por ello su campaña la enfoca en un sentido francamente de izquierdas. Otro ejemplo que abona esta mi opinión es la actitud que el señor Gordón Ordás, del mismo partido, ha adoptado en relación con su magnífica defensa.

—¿Cree usted en una posible amnistía?

—Mientras actúen estas Cortes, no. No es un programa para ellas.

—¿Considera usted posible algún movimiento contra la seguridad del Estado?

—Resueltamente no. A las derechas, dígame lo que se quiera, no les interesa la Monarquía.

—¿En qué situación se encuentra, en su opinión de usted, el partido socialista?

—Más fuerte y más unido que nunca. Nuestra disciplina ha triunfado, porque es muy sólida y además porque la sostiene un ideal arraigadísimo en

las conciencias socialistas.

—¿Saldó usted ya todas las cuentas con la Justicia?

—No, señor. Me queda el célebre proceso por el alijo de armas; pero después de lo pasado no pensará usted que me tengan con cuidado unos años más de condena. Llegado a cierto límite, ya todo lo demás es lo mismo. Ahora, a esperar tranquila y resignadamente los acontecimientos.

Y nada más. Sólo nos resta dar las más expresivas gracias a la persona que nos ha servido de intermediario, para nuestro trabajo.

Virgilio DE LA PASCUA

Importación directa de accesorios para automóviles

Acumuladores **Federal**

Recambios mecánicos para
coches **FIAT** y camiones **DODGE**

J. POYUELO SANZ, S. en C.

Mallorca, 178 y Muntaner, 110 - Teléfono 76879
BARCELONA

Roberto Castrovido

El batallador

Su vida y su obra

Nació Roberto Castrovido en Madrid, en la calle de la Magdalena, esquina a Antón Martín, el día 5 de enero de 1864.

A los nueve años quedó huérfano de padre y madre. Su padre, que era un buen republicano, dispuesto siempre a intervenir en las conspiraciones y asonadas de aquella época turbulenta, murió cuando no era tiempo aún de forjar la conciencia política de su hijo. Pero Castrovido había nacido republicano federal... y ya se sabe que el que nace republicano federal ha nacido republicano para toda la vida.

Aprendió las primeras letras en el Colegio Internacional que dirigía don Nicolás Salmerón, establecido en Madrid, en la calle Ancha de San Bernardo.

Al morir su padre, Castrovido quedó completamente desamparado, y gracias a la bondad de una familia republicana, que supo de su desgracia, nada le faltó de momento y pudo continuar y hasta ampliar sus estudios.

Terminó el bachillerato y empezó la carrera de Derecho, pero su vocación de periodista pudo más y abandonó la Universidad para ingresar en las filas del periodismo republicano...

* * *

Sus primeros artículos los escribió en 1888, y fueron publicados en los se-

manarios federales, «La Avanzada», de Barcelona, y «El Autonomista», de Sans. Aquellos trabajos dieron a conocer como periodista al que más tarde llegó a ser maestro insigne del periodismo español.

Poco tiempo después, el ilustre escritor Coll y Puig, director de «La Voz Montañesa», tribuna importantísima del republicanismo federal de Santander, se fijó en la prosa vibrante y brillante de Castrovido y le nombró redactor y corrector de su periódico.

Y en «La Voz Montañesa», tribuna importantísima del republicanismo federal español, estuvo siete años, hasta que murió Coll y Puig, y los clericales — tan ruines entonces como ahora — lograron apoderarse del periódico para matarlo. Pero pronto reanudó su labor en «La Voz de Cantabria», diario que fundaron los republicanos de Santander, y cuya dirección confiaron a Roberto Castrovido.

* * *

Después de su actuación en Santander, volvió Castrovido a Madrid, y, por mediación de Nakens, entró de redactor en «El País», siendo director Ricardo Fuente, uno de los mejores periodistas de todos los tiempos.

Por entonces era Castrovido colaborador de «El Pueblo», de Valencia, y

de otros muchos periódicos republicanos. Un artículo que publicó en «El Pueblo» tuvo la virtud de indignar al general Moltó — capitán general de aquella plaza—, que ordenó su detención y conducción a Valencia.

En aquellos tiempos vivía Castrovido, con una hermana suya, en la calle Ventura de la Vega, y allí cerca, en la de Lope de Vega, vivía don Norberto González Aurioles, redactor de «La Correspondencia de España» y jefe del personal del Ministerio de Obras Públicas.

La detención de Castrovido fué encomendada a un teniente de la Guardia Civil, que equivocó la calle, confundiendo a Lope de Vega con Ventura de la Vega.

—Oiga usted — preguntó al sereno—. ¿Vive aquí un periodista?

—Sí, señor; aquí mismo — se apresuró a contestar el amigo inseparable del chuzo y del farol.

Y con llamadas intempestivas y grandes voces de mando, hicieron levantar a don Norberto González y a toda su familia.

—¿Qué sucede, señores? — inquirió el ministerial redactor de «La Correspondencia de España».

—Que se vista usted rápidamente y que salga, que tenemos orden de detenerle y de llevarle a Valencia.

—¡Eso no puede ser de ninguna manera...! ¿De qué se me acusa, señores?

—En Valencia se lo dirán a usted — respondió secamente el teniente de la Guardia Civil.

Y tras el consiguiente susto, todo se puso en claro cuando don Norberto reaccionó y aclaró su personalidad oficial y particular, y salieron de la casa el teniente y el sereno, después de pedir mil perdones por la plancha, en busca del auténtico domicilio de don Roberto Castrovido.

* * *

Fué detenido don Roberto y metido en el tren, y ya camino de Valencia, al llegar a la estación de Fuente de la Higuera, un hombre, que parecía buscar a alguien ávidamente, metió la cabeza por una de las ventanillas y preguntó:

—¿No está aquí don Roberto Castrovido?

—Sí, señor; yo soy, ¿qué pasa?

Entonces aquel ciudadano, lleno de entusiasmo, se quitó el sombrero y gritó:

¡Viva la República!

Como movidos por un resorte, los agentes que acompañaban a Castrovido, en el vagón, se levantaron alarmados, dándose cuenta de que el detenido no era un indeseable para el pueblo...

Luego, a medida que el tren se iba acercando a Valencia, aumentaban los correligionarios, al paso por las estaciones, y arremedaban los gritos, vitoreándose a la República, a Castrovido y a Blasco Ibáñez.

La llegada a Valencia fué un acontecimiento. Todo el pueblo republicano, enardecido por la palabra vibrante de Blasco Ibáñez, esperaba a don Roberto en la estación, que estaba tomada militarmente.

Se acercó al vagón un piquete de la Guardia Civil, y, rodeado de guardias, fué conducido a la cárcel el batallador periodista.

Las calles por donde pasaron al ilustre inválido, hasta llegar a la prisión, estaban llenas de gente que le aclamaba sin cesar.

Al llegar junto a la cárcel tuvo que salir la guardia y simular una carga, para evitar que la multitud les arrebatara el detenido a las puertas de la prisión.

* * *

La detención de don Roberto duró muy poco tiempo. No obstante, el cura de la cárcel, conocedor de las ideas políticas de Castrovido, decidió visitarle, y un día se presentó en su celda.

Y era curioso — cuenta Castrovido — que aquel cura, para catequizarme, usaba un lenguaje más revolucionario que el mío. Y cuál no sería mi asombro al oírle exclamar, casi congestionado :

— ¡ Sí, señor ; aquí hace falta una revolución ! ¡ Así no se puede vivir ! ¡ Es preciso que corra la sangre ! ¡ Y correrá ! ¡ La sangre ha de llegar hasta aquí !

— Y estábamos en un quinto piso — agrega don Roberto.

No hay que decir que el cura no logró su propósito... A pesar de su exaltación revolucionaria no consiguió que el gran periodista oyese ni una mala misa.

— En aquella cárcel me ocurrió otra cosa — dice Castrovido — que no se me olvidará nunca, por el fin trágico que tuvo. Tenía yo que atravesar el patio de la prisión todas las mañanas para ir a declarar. En el patio jugaban quincenarios y condenados por delitos comunes, casi todos muchachos jóvenes. El primer día, al ir yo a pasar, porque los muchachos corrían de un lado para el otro, un oficial de Prisiones, llamado Martínez, que era muy aficionado a pegar a los presos, blandió un vergajo y fué a golpear a uno ; yo levanté la muleta, paré el golpe y pasé. Y después, todos los días, al presentarme en el patio, era ovacionado por todos los presos. Me acuerdo de esto, porque pasado algún tiempo cruzaba yo una calle de Valencia, en la que ha-

bía un urinario, y me explicaron unos amigos, que me acompañaban, que estando allí el oficial de Prisiones, Martínez, por detrás de la chapa se alargó un brazo y le clavó un estilete en el corazón que le dejó seco.

* * *

Don Roberto vivió algún tiempo en Valencia, después de salir de la cárcel de San Gregorio, y en la hermosa capital levantina encontró una mujer bella y santa, de la que se enamoró. Regresó a Madrid y desde la capital de España se casó, por poderes, para evitar la ceremonia de la iglesia.

Por cierto que como cada vez que procesan a uno pide el juez la partida de bautismo del procesado, el cura de la parroquia de San Sebastián, en cuya iglesia había sido bautizado el gran periodista, había tenido que sacar muchas copias de la de Castrovido, y cuando éste fué a sacar la que necesitaba para casarse, el cura le dijo sorprendido :

— Hombre, gracias a Dios que le conozco a usted. Es usted el individuo de quien más partidas bautismales me han hecho sacar.

Entonces Castrovido explicó al cura que había sido muchas veces procesado por defender sus ideales. Así se entabló un diálogo, que aprovechó el párroco para preguntarle :

— ¿ Pero cómo no va usted a casarse a Valencia ?

— Verá usted — le contestó don Roberto —. Se trata de un pequeño escúpulo.

— ¿ Cuál ?

— Que no quiero ir a la iglesia.

El cura, aterrado, se llevó las manos a la cabeza, repitiendo sin cesar estas palabras :

—¡ Ah! Es usted un enemigo de Dios... Un verdadero demonio.

Para aquel pobre hombre todos los que no querían saber nada de la iglesia, y menos aun de los curas, eran unos sectarios enemigos de Dios y aliados del demonio.

Castrovido no tuvo más remedio que reírse del buen párroco y largarse de la sacristía con la partida de bautismo, no sin antes haber abonado, al sacristán-administrador, unas pesetas, que él, don Roberto, había conquistado publicando artículos contra el clero en los periódicos republicanos.

Lo importante es que logró casarse a cierta distancia de la iglesia — el dinero siempre fué una razón fundamental para los curas—, estableciendo su hogar en un pisito humilde de la calle de San Marcos, iluminándose su vida con resplandores de felicidad.

* * *

En 1903 se hizo cargo Castrovido de la dirección de «El País», y al frente de la redacción de tan importante diario madrileño, luchó por el restablecimiento de la República años y años.

Sus artículos publicados en «El País» constituyen la mejor ejecutoria de un espíritu liberal y justiciero.

El año 1909, durante los meses trá-

gicos y angustiosos de agosto a noviembre, cuando la cobardía hizo presa en el corazón del pueblo y éste dejaba que se fusilase impunemente en Montjuich, Castrovido no vaciló un momento en ponerse de parte de la justicia, y defendió, con una valentía ejemplar, a los miles de detenidos que había entonces en todas las prisiones de Cataluña.

En aquellos momentos fué Castrovido uno de los pocos que no callaron y se sublevaron, mientras los demás se sumían en la obscuridad del silencio, amedrentados, y dejaban hacer.

Esto hace que, más que como republicano, le consideremos todos nosotros como un vigía de la libertad y de los derechos del hombre. La pluma de Castrovido fué siempre el baluarte más firme de la justicia y del derecho. Como periodista y como parlamentario, defendió siempre a los humildes, a los perseguidos, a los hambrientos de pan y sedientos de fraternidad.

Hoy, ya viejo y mutilado, el gran periodista sigue luchando por la causa del pueblo; y continuará luchando, mientras viva, por sus hermanos los tristes, sin tener presente que ellos, los que él defendió siempre, le dejaron sin acta en las últimas elecciones, mientras de las urnas salieron triunfantes los defensores de la aristocracia, de la burguesía y de la reacción.

Fernando PINTADO

Este número ha sido sometido a la previa censura

El último borbón francés

La vida privada de los reyes. — La educación de un príncipe. — Escándalos. — Amores infames. — Una espada de honor. — El elegido de Dios, cobarde. — La mesa redonda.

La vida privada de los semidioses coronados es fuente inagotable de exquisitas ironías.

¿Han hallado los eruditos, en la historia, algo que pueda compararse, en indiscreto interés y palpitante emoción, a las encantadoras revelaciones de Bussy de Rabutin, mostrándonos a la señorita La Valliere, lanzando al mundo un bastardo real, sobre las rodillas del rey Sol? ¿Conocen algo parecido, en amena lectura e importancia histórica, a los panfletos de la época revolucionaria, que descubren los íntimos secretos del *Petit Trianon* y del *budoir* de Mme. de Polignac? ¿Saben de algún libro de tan sutil psicología como las canciones del buen pueblo de París que, con picaresca desvergüenza, atribuyen a Luis XVI la pesadumbre que tantas veces hizo inclinar la cabeza de Carlos IV de España?

Cosas son, todas estas, edificantes y provechosas para castigar el humano orgullo y recordar, a los míseros mortales el *omnia vanitas* de los libros sagrados.

Este espíritu de cristiana humildad, muévenos a escribir una breve semblanza del último Borbón francés.

No busquen los maliciosos—¡indigna plaga!—secretas intenciones en las presentes líneas. Quédense las moralejas para las fábulas infantiles. El

autor no quiere acordarse de que se trata de un rey; sólo pretende decir a sus lectores: *Ecce homo*.

* * *

Carlos X fué un nieto de Luis XV, digno de su abuelo.

Fanático como Carlos IX, el rey de la noche de San Bartolomé, devoto como el Tartufo de Molière, ignorante cual cumple serlo a un rey absoluto, y vicioso como un mico; reunió todas las cualidades apetecibles para ser el héroe de la crónica póstuma de los reales escándalos.

La *Gracia de Dios* convirtió en polvo cuatro cabezas para que andando el tiempo pudiera ser coronado Carlos Felipe, conde de Artois. ¡Secretos designios de la Providencia, que suele azotar a los pueblos con los reyes como castigó a las tierras faraónicas con las siete plagas bíblicas!

Como nadie sospechaba que pudiera ser rey, quisieron hacerle estudiar como al hijo de un villano; pero la *Gracia de Dios*, que conocía el porvenir, hizo que las cortesanas de la corte de su abuelo, eligieran los preceptores que habían de modelar la tierna inteligencia del príncipe.

El primer maestro del joven Carlos

fué un abate, con quien el *Aretino* hubiese hecho uno de sus héroes.

En manos de tal pedagogo, las inclinaciones naturales y de raza del conde de Artois, hicieron rápidos progresos.

Apenas salió de la férula de sus maestros, el jovenzuelo se dedicó a la galantería. ¡Palabra felizmente inventada para disfrazar al vicio con apariencias de virtud!

La Gourdan, meretriz parisiense, gran sacerdotisa de un templo consagrado al Dios Priapo, unió sus blasones a los del conde de Artois, y ambos célebres nombres anduvieron juntos, algunos años, por los salones del mundo elegante.

La Gourdan recibía en su morada, abates, estudiantes, abogados, militares, tenderos, nobles, y muchas de sus antiguas compañeras. Aquel mundo heterogéneo, resucitaba las fiestas paganas de Saturno y el juego era digno remate de aquellos clásicos festejos.

El llamado a ocupar un trono se educó en un prostíbulo.

Carlos Felipe rompió su primer amor privado con su primer escándalo público. Sus principescas manos abofetearon a La Gourdan y sus fieles lacayos propinaron algunas estocadas a los que Carlos estimaba como rivales. La policía intervino para lavar la sangre derramada y echar arena, como nuestros *monos sabios*, en el campo de la juvenil hazaña, y el conde de Artois, después de una severa reprimenda, pasó de la La Gourdan a otros amores de la misma estofa.

La crónica escandalosa de la corte francesa, menciona todas las amigas del príncipe. Los amores reales tienen la virtud de eternizar los nombres del burdel.

Ya casado, continuó haciendo la vida de soltero, y una de sus amantes, la actriz Duthé, dió ocasión a un *calembour* que corrió por todas las callejuelas de París, aumentando la fama del

príncipe y poniendo en bocas plebeyas el nombre de su esposa. El conde de Artois, se decía, ha tenido una indigestión de pastel de *Savoya* (Teresa de Savoya, su mujer) y se ha visto obligado a venir a París a tomar *du the*.

Con estas y otras cosas por el estilo, se iba arraigando el príncipe en el corazón de los que un día habían de ser sus súbditos.

* * *

Los historiadores modernos califican al conde de Artois de cobarde e hipócrita, indiscreto y traidor. «Fué, dice Sorel, el partidario más entusiasta y fanático de las ideas absurdas, que convertían a treinta millones de hombres en seres creados para el capricho de una raza legítima. No se tomó el trabajo de hacerse digno del alto rango en que se hallaba colocado. No se ocupó de reparar los errores de su viciosa educación y siempre trató al pueblo con el mayor desprecio.»

«El juego, la caza, los deportes y toda suerte de placeres, llenaron su vida», escribe uno de sus biógrafos. «Creyó siempre que el tesoro nacional debiera pagar sus deudas, y las opiniones del conde de Artois fueron las de Carlos X, que con una lista civil de 25 millones de francos contrajo deudas por valor de 46.»

Su hermano Luis XVI, un buen hombre, tuvo que sufrir los escándalos del conde, y sobre todo, sus deudas, que se vió varias veces obligado a pagar.

El conde de Artois daba frecuentes escándalos. En los bailes de la Opera abofeteó a una dama de la más alta nobleza; contraía deudas de juego que jamás pagó; la soberbia con que trataba al pueblo le conquistó el odio de la burguesía, y su hermano el rey le

amparaba siempre en todos sus conflictos, comprometiendo por su amor fraternal el prestigio y la dignidad de la corona.

¿Cómo respondió el conde de Artois a los favores y al cariño de su hermano?

¡Enamorando a la reina su cuñada!

Estos amores infames llegaron a oídos de la madre de María Antonieta, que se creyó en el deber de informarse de una manera precisa, y pidió noticias al cardenal Luis de Rohan, el cual contestó a la emperatriz con la siguiente carta:

«Mi respeto y mi celo por la ilustre casa de Austria, la veneración que vuestras virtudes me han inspirado, la franqueza que en mí habéis reconocido, todo me obliga a ejercer un ministerio doloroso a mi corazón. ¿Por qué no habéis encargado a otro de tan aflictiva misión?

»Ciertamente es, señora, que la reina, al entrar en tierra de Francia, ha olvidado totalmente las lecciones de virtud que vuestra majestad hizo germinar en su corazón. Independientemente de su excesivo amor por el lujo, se entrega a todos los excesos de la coquetería. Corre el rumor de que desdén a su esposo y prefiere a su cuñado. Rumor que gentes sensatas tienen por seguro.

»Esto es cuanto puedo deciros. ¡Ojalá vuestra majestad logre, con sus virtuosos consejos, volver a la reina a la senda del deber! ¡Ojalá pueda yo cooperar en esa buena obra! Es la mejor prueba de fidelidad y adhesión que podrá dar a V. M.,

L. de ROHAN.»

Madame Polignac pasa por haber sido la Celestina de aquellos incestuosos amores.

El conde de Artois, después de acon-

sejar a Luis XVI, que resistiese con la fuerza los avances de la revolución y de gritar en los salones de Versalles que todo se arreglaría con la metralla, no bien hubo caído el primer sillar de la Bastilla, al esfuerzo de las iras populares, ya estaba el príncipe con su mujer y sus dos hijos en la frontera, abandonando a su suerte los destinos del trono.

¡Como caballero, como hermano y como amante de la reina, estuvo el conde de Artois a la misma altura!

Colocado en su caso, no hubiera hecho otro tanto el más rufián de los palafreneros de Versalles.

El héroe de La Gourdan, de la Duthé, el bravo defensor del trono de su hermano, el príncipe corrompido, hipócrita y traidor a su raza, iba a sostener en la emigración la causa de la monarquía.

Los nobles franceses que habían abandonado a su rey—si no todos, los bastantes para salvar el honor monárquico de la aristocracia—se alistaron en los ejércitos extranjeros que lucharon contra la Francia republicana.

El conde de Artois creyó más práctico mendigar soldados en las Cortes de Bruselas y de Viena, para combatir a su nación.

Su falta de valor, su profunda incapacidad, merecieron el desprecio de los emigrados franceses.

Murió en el cadalso Luis XVI, Luis XVII, en los calabozos del Temple, y ni la piedad, ni la venganza, ni la ambición, pudieron arrancar del alma de aquel miserable un relámpago de valor.

gar los amores fáciles de alguna cortesana inglesa.

* * *

Cuando le llaman a la frontera, él se va a Rusia a visitar a Catalina II, y escribe a los chuanes: «Volveré a conquistar París al frente de cien mil cosacos.»

A la cobardía añade el de Artois el gesto bufonesco.

La emperatriz Catalina recibió al conde de Artois con los mismos honores que a un emperador victorioso. Aquella zarina apasionada y romántica, que amaba a la gloria tanto como a los hombres, soñó con restablecer en Francia la dinastía borbónica. Ofreció al príncipe generales y soldados; pero comprendiendo que aquellos recursos le servirían de bien poca cosa, le regaló un millón de francos, le colmó de presentes, y, en solemne sesión de despedida, le puso en las manos una espada con empuñadura de brillantes, y en cuya hoja se habían grabado estas palabras: Dada por Dios para el rey.

«No os daría esta espada, dijo la emperatriz, si no estuviese persuadida de que antes sabréis morir que no emplearla en la defensa del trono de Francia.»

Valerosas palabras, a las que el príncipe respondió con débil tono de voz y torpe balbuceo:

«Ruego a V. M. Imperial que no lo ponga en duda.»

¿Qué hizo el conde de Artois con aquella espada, regalo de una dama?

¿La esgrimió en defensa de su causa?

No; la vendió sin desnudarla, a los pocos meses de poseerla, para pagar algunas deudas contraídas en la vergonzosa ociosidad de Inglaterra.

El acero *dado por Dios, para el rey*, fué vendido a un mercachifle para pa-

* * *

La guerra civil derramaba en Francia la sangre a torrentes. Los vandeanos, sabiendo que el conde de Artois estaba cerca, en Quiberon, le llaman con voz angustiada. Ochenta mil chuanes, prontos a morir, os esperan, señor, le escriben, y él, en vez de prepararse para la victoria o la muerte, se detiene en Ile Dieu, y se ocupa en intrigas, promociones y distribución de ejércitos, a cuyo frente no se atreve a colocarse.

El que esto escribe oyó en un teatrillo de París *La vivandiere*, el canto guerrero de los chuanes, y aún no ha olvidado la impresión que le causó aquella música, mitad religiosa, mitad salvaje.

Fieras ululantes no hubieran expresado mejor el fanatismo. Si la chuane-ría hubiese tenido un corazón y un brazo, en lugar de un fantoche, la República habría sido vencida.

El conde de Artois, que debía poco después ocupar el trono en que se sentó Napoleón, abandonó, engañó, traicionó a sus partidarios y volvióse a Londres.

Prefirió verse despreciado antes que arrostrar el peligro de una bala perdida.

¡Y aquel Borbón fué el rey de Francia!

* * *

Lo que no supo conquistar con la espada se lo debió a la muerte de su hermano Luis XVIII.

¡Y fué rey!

Juró la Constitución y fué perjuro. Engañó a su pueblo como había engañado a los chuanes. La rufanería de su alma no se modificó con el peso de la corona.

Debutó en la vida con una meretriz y a la vejez se echó en brazos de un confesor jesuíta. ¡Parecen ser estas las dos fronteras en que se encierran todos los despotismos!

El elegido de Dios, como él a sí mismo se llamaba, quiso ser rey absoluto y fué barrido por una revolución.

El último Borbón francés no pudo morir sobre el trono, como Fernando VII, porque el pueblo que derribó la Bastilla no era como el pueblo que gritó: ¡vivan las cadenas!

Sólo el final de su reinado nos importa. Carlos X cayó del trono como ningún monarca.

Huyendo de la revolución triunfante, pudo haberse sentido hombre ante un gran infortunio, y hasta de eso no fué capaz.

Llega con su séquito a un pueblo cercano a Cheburgo, donde embarcó para Inglaterra; un leal monárquico le ofrece su castillo. El propietario, su joven esposa, sus hijos y sus criados, se refugian en la peor habitación, donde viven mal y estrechamente. Llega el rey huído, y no le parece bien la alcoba. ¡Un Borbón no podía dormir, si detrás de su dormitorio no había otra

pieza donde pudiesen estar de guardia los criados de servicio! Se desmontan los lechos y las colgaduras, se cambian los muebles y todo se coloca en el más amplio salón del castillo.

Los fogones de la cocina no son bastantes, y el propietario de la finca y su familia se quedan sin poder hacer su comida y han de contentarse con pan seco.

Son necesarias dos mesas: una de veinticinco cubiertos para la servidumbre, y otra de ocho para el rey. La dueña de la casa proporciona, si no dos, las mesas necesarias, que pide prestadas por todo el pueblo, pero la etiqueta no permite que el rey coma en una mesa redonda y no hay otra.

¡Qué conflicto, qué desolación! Por la primera vez, desde Luis XIV, un rey de Francia iba a comer en una mesa redonda.

¡Este fué el detalle que más impresionó al rey!

Perder el trono, abandonar la patria, todo era soportable, ¡pero comer un rey de Francia en una mesa redonda!, ¿cómo aguantar con ánimo sereno tal bochorno?

¡Oh! Qué bien dijo Fernando III el Santo, rey de Castilla:

«Muchas veces embía Dios su gracia en personas que non se podría pensar.»

Ricardo FUENTE

La Novela Roja

publica esta semana

GERMINAL

original del apóstol del proletariado
FEDERICO URALES

De venta en todos los puestos de periódicos de España a 25 céntimos

¡Sin trabajo!

por Emilio Zola

I

Por la mañana, cuando los obreros llegan al taller, encuéntranlo frío, como oscurecido con la tristeza que se desprende de una ruina. En el fondo de la sala principal, la máquina está silenciosa, con sus brazos delgados, sus ruedas inmóviles; y ella, cuyo soplo y movimiento animan habitualmente toda la casa, con los latidos de su corazón de gigante, incansable en la faena, agrega al conjunto una melancolía más.

El amo baja de su despacho y con aire de tristeza dice a sus obreros:

—Hijos míos, hoy no hay trabajo... Ya no vienen pedidos, de todas partes recibo contraórdenes, voy a quedarme con las existencias entre las manos. Este mes de diciembre, con el cual contaba, este mes que otros años es de tanto trabajo, amenaza arruinar las casas más fuertes... Es preciso suspenderlo todo.

Y al ver que los obreros se miran unos a otros, con el espanto que les imbuye la idea de volver a casa, con el miedo del hambre que les amenaza para el día siguiente, añade en voz baja:

—No soy egoísta, no, os lo juro... Mi situación es tan terrible, más terrible tal vez que la vuestra. En ocho días he perdido cincuenta mil pesetas. Hoy paro el trabajo para no ahondar más la sima; ni siquiera tengo los primeros cinco céntimos de la suma que necesito para mis vencimientos del 15...

Ya lo veis, os hablo como un amigo, nada os oculto. Tal vez mañana mismo vengán a embargarme. No es nuestra la culpa, ¡no, es cierto! Hemos luchado hasta última hora. Hubiera querido ayudaros a pasar días de apuro; pero todo ha acabado, estoy hundido; no tengo ya ni un pedazo de pan para partirlo.

Después les tiende la mano. Los obreros se la estrechan silenciosamente. Y durante algunos minutos, permanecen allí, mirando sus herramientas inútiles, con los puños cerrados. Otros días, des-

de el amanecer, las limas cantaban, los martillos marcaban el ritmo; y todo aquello parece que duerme ya en el polvo de la quiebra. Son veinte, son treinta familias que no tendrán qué comer la semana próxima.

Algunas mujeres que trabajan en la fábrica sienten las lágrimas humedecerles los ojos. Los hombres quieren aparecer más resueltos. Se hacen los valientes, diciendo que la gente no se muere de hambre en París. Luego, cuando el amo los deja y le ven alejarse, encorvado en ocho días, abrumado tal vez por un desastre de mayores proporciones que las confesadas por él, van saliendo uno por uno, ahogados por la angustia, con el corazón oprimido, como si salieran del cuarto de un muerto. El muerto es el trabajo, es la máquina grande que permanece muda y cuyo esqueleto se destaca siniestro en la sombra.

II

El obrero está fuera de su casa, en la calle, en medio del arroyo. Ha paseado las aceras durante ocho días sin encontrar trabajo. De puerta en puerta ha ido ofreciendo sus brazos, sus manos, ofreciéndose él en cuerpo y alma para cualquier faena, para la más repugnante, la más dura, la más nociva. Y todas las puertas se han cerrado.

Entonces se ofreció a trabajar por la mitad del jornal; pero las puertas permanecieron cerradas. Aunque trabajase de balde no se le podría admitir. Es la paralización del trabajo, la terrible paralización que todo ha muerto para los que habitan en las buhardillas. El pánico ha parado las industrias, y el dinero, cobarde, se ha escondido.

Al cabo de ocho días todo ha concluído. El obrero ha hecho una tentativa suprema y ahora vuelve con paso tardo, con las manos vacías, abrumado de miseria. La lluvia cae; aquella tarde París, inundado de barro, aparece fúnebre. El hombre va andando, recibiendo el chaparrón sin sentirlo, no oyendo más que su hambre y deteniéndose para llegar menos pronto. Inclínase sobre el parapeto del Sena; el río, cuyo caudal ha aumentado, corre con un rumor prolongado; la espuma blanca se desgarran en salpicaduras en uno de los tramos del puente. Inclínase más, la colosal riada pasa debajo lanzándole un llamamiento furioso. Después, piensa que sería una cobardía y se va.

La lluvia ha cesado. El gas flamea en los escaparates de las

joyerías. Si rompiese un cristal, tomaría pan para algunos años con abrir y cerrar la mano. Las cocinas de los restaurants se encienden; y detrás de las cortinas de muselina blanca, ve gentes que comen. Apresura el paso, vuelve a subir a los barrios extremos, encontrando en el camino las asadurías y pastelerías de todo el París comilón, que se exhibe a las horas del hambre.

Como la mujer y la pequeña lloraban por la mañana, les ofreció llevarles pan por la tarde. No se ha atrevido a decirles que había mentido, antes de que anocheciese. Al ir andando, preguntase cómo encontrará y qué les contará para que tengan paciencia. Sin embargo, no pueden permanecer más tiempo sin comer. El probaría aún, pero la mujer y la pequeña son muy débiles.

Un momento se le ocurre pedir limosna; pero cuando una señora o un caballero pasan a su lado y él intenta alargar la mano, su brazo se paraliza y la voz se ahoga en su garganta. Entonces permanece plantado en la acera, mientras los transeúntes adinerados le vuelven la espalda, creyéndole borracho, al ver su feroz semblante de hambriento.

III

La mujer del obrero ha bajado a la puerta de la calle, dejando arriba a la niña dormida. La mujer es muy delgada; lleva un vestido de percal. El viento helado de la calle le hace tiritar.

Ya no le queda nada en casa: todo lo llevó al Montepío. Ocho días sin trabajo bastan para vaciar una casa. La víspera vendió a un trapero el último puñado de lana de su colchón; el colchón se fué así; ahora no queda más que la tela. Allá arriba la colgó delante de la ventana, para impedir que entre el aire, porque la niña tose mucho.

Sin decir nada a su marido, ella también ha buscado por su parte. Pero la falta de trabajo ha alcanzado con más dureza a las mujeres que a los hombres. En la mesita de su cuarto oye a unas desgraciadas que lloran durante la noche. Encontró una de pie en el rincón de una calle; otra ha muerto; otra ha desaparecido.

Afortunadamente, ella tiene un buen hombre, un marido que no bebe. Vivirían sin apuros si la falta de trabajo no les hubiese despojado de todo. Ha agotado el crédito: debe al panadero, al especiero, a la frutera y ya ni siquiera se atreve a pasar delante de las tiendas. Por la tarde fué a casa de su hermana a pedirle una peseta prestada, pero allí encontró también tal miseria, que

se echó a llorar, sin decir nada, y las dos, su hermana y ella, estuvieron llorando mucho tiempo. Luego, al marcharse, la ofreció llevarle un pedazo de pan si su marido volvía con algo.

El marido no vuelve. La lluvia cae; la mujer se refugia en la puerta; grandes gotas de agua caen a sus pies; un polvillo de agua atraviesa su falda. A ratos se impacienta, se echa fuera a pesar de la lluvia, va hasta el final de la calle para ver si ve a lo lejos al que espera. Y cuando vuelve, toda mojada, pasa la mano por sus cabellos para escurrir el agua; aun cobra paciencia, sacudida por cortos calofríos de fiebre.

Los transeúntes al ir y venir la codean y la pobre mujer se encoge cuanto puede para no molestar a nadie. Los hombres la miran frente a frente y a ratos siente alientos calientes que la rozan el cuello. Todo el París sospechoso, la calle con su lodo, sus claridades crudas y el rodar de los coches, parecen quere' cogerla y arrojarla al arroyo. Tiene hambre, pertenece a todo el mundo. Enfrente hay un panadero, y la pobre mujer piensa en la pequeña que duerme arriba.

Después, cuando al fin el marido aparece, rozando como un miserable las paredes de las casas, se precipita a su encuentro, y le mira ansiosamente.

—¿Qué hay?—dice balbuceando.

En vez de contestar, el obrero baja la cabeza. Entonces, la mujer sube la primera pálida como una muerta.

IV

Arriba la pequeña no duerme. Se ha despertado, y está pen-extremo sando enfrente de un cabo de vela que se extingue en un de la mesa. Y no se sabe qué pensamiento terrible y doloroso pasa sobre la faz de aquella chicuela de siete años, con rasgos serios y marchitos de mujer hecha.

Está sentada sobre el borde del cofre que le sirve de cama. Sus pies desnudos tiemblan de frío, sus manos de muñeca enfermiza aprietan contra el pecho los trapos con que se cubre. Siente allí una quemadura, un fuego que quisiera apagar. Está pensando.

Nunca ha tenido juguetes. No puede ir a la escuela porque no tiene zapatos. Recuerda que cuando era más pequeña su madre la llevaba a tomar el sol. Pero aquello está lejos. Fué preciso mudar de habitación, y desde aquella época le parece que un gran frío

sopló dentro de su casa. Desde entonces nunca ha estado contenta ; siempre ha tenido hambre.

Es una cosa profunda en la cual penetra sin poder comprenderla. Pues qué, ¿todo el mundo tiene hambre? Ha procurado, sin embargo, acostumbrarse a eso, pero no ha podido. Piensa que es demasiado pequeña y que es preciso ser grande para saber. La madre sabe, sin duda, esa cosa que se oculta a los niños. Si se atreviese, preguntaría quién nos trae así al mundo para que se tenga hambre.

¡Luego, en su casa todo es tan feo! Mira la ventana, donde el viento sacude la tela del colchón, las paredes desnudas, los muebles rotos, toda aquella vergüenza de buhardilla, que la falta de trabajo ensucia con su desesperación.

Imaginar haber soñado con habitaciones bien calientes, en las que había cosas que relucían ; cierra los ojos para volverlas a ver, y a través de sus párpados adelgazados, la llama de la vela se convierte en un gran resplandor de oro, en el que desearía entrar. Pero el viento sopla y por la ventana llega una corriente de aire que la produce un acceso de tos. La niña tiene los ojos llenos de lágrimas.

Antes tenía miedo cuando la dejaban sola ; ahora no sabe, lo mismo da. Como no se ha comido desde la víspera, cree que su madre ha bajado a buscar pan. Entonces esta idea la divierte. Cortará su pan en pedazos pequeñitos, los irá cogiendo despacio, uno por uno. Jugará con su pan.

La madre ha vuelto, el padre ha cerrado la puerta. La niña les mira las manos a los dos, muy sorprendida. Y, como nada dicen, al cabo de un momento la pequeña repite con tono de canturía :

—Tengo hambre, tengo hambre.

El padre, en un rincón, se ha cogido la cabeza entre los puños ; allí permanece abrumado, sacudidas las espaldas por desgarradores y silenciosos gemidos. La madre, conteniendo sus lágrimas, acuesta la pequeña. La tapa con todos los andrajos que hay en la casa ; le dice que sea buena, que duerma. Pero la niña, a la que el frío hace dar diente con diente y que siente el fuego de su pecho quemarla con más fuerza, se hace atrevida. Se cuelga del cuello de su madre y muy quedito :

—Di, mamá — le pregunta —, ¿pero por qué tenemos hambre?

FIN

¿Qué pasa con las aguas de
Barcelona?

¿Son potables?

¿No son potables?

¿Porqué no se construye el
canal proyectado, que
resolvería la crisis de
trabajo en Cataluña?

Sobre todo esto publicará

Reportajes

una amplia información
sensacional.

EL CUERVO

por F. Pi y Arsuaga

Detuvo su vuelo el cuervo y dijo al ver sobre el terruño a un hombre que lo trabajaba :

—¡ Miren cómo labra Juan sus tierras !

—No soy Juan—exclamó el hombre, levantando la cabeza— ; soy el hijo de Juan, que trabaja para vivir míseramente y pagar por segunda vez al señor el valor de sus tierras.

Siguió volando el cuervo, y más allá vió jinete en un caballo a un caballero.

—Vaya con Dios don Gil—le dijo.

—No soy don Gil—contestó el caballero— ; soy el hijo de don Gil, que viene a cobrar del hijo de Juan el valor de sus tierras por segunda vez.

Pasó mucho tiempo.

* * *

El cuervo detuvo su vuelo y dijo al ver un hombre que sudaba sobre el terruño.

—¡ Miren cómo trabaja el hijo de Juan sus tierras !

—No soy el hijo de Juan—respondió el hombre, limpiándose el sudor de la frente—, sino uno de sus nietos, que trabaja para vivir míseramente y pagar por cuarta vez al señor el valor de sus tierras.

Siguió volando el cuervo y encontró más allá jinete en un caballo a un caballero.

—Vaya con Dios el hijo de don Gil—le dijo.

—No soy el hijo de don Gil—contestó el caballero—, sino su nieto, que viene a cobrar del nieto de Juan el valor de sus tierras por cuarta vez.

* * *

Pasó mucho tiempo.

El cuervo detuvo su vuelo y dijo, viendo a un hombre que trabajaba en el terruño :

—¡ Miren el nieto de Juan cómo labra sus tierras !

—No soy el nieto de Juan—respondió el hombre—, sino uno de sus biznietos, que trabaja para vivir miserable y pagar por sexta vez al señor el valor de sus tierras.



Siguió volando el cuervo y encontró más allá jinete en un caballo a un caballero.

—Vaya con Dios el nieto de don Gil—le dijo.

—No soy el nieto de don Gil—contestó el caballero—, sino su biznieto, que viene a cobrar del biznieto de Juan el valor de sus tierras por sexta vez.

* * *

Pasó un siglo más.

El cuervo detuvo su vuelo y dijo viendo a un hombre que, rota la azada, lloraba cerca del terruño.

—¿Por qué llora el biznieto de Juan?

—No soy el biznieto de Juan—repuso el hombre—; soy uno de los nietos del biznieto de Juan, y el señor me ha arrojado del terruño que labraron mis antepasados, porque no he podido pagarles por centésima vez el valor de sus tierras.

Siguió volando el cuervo y encontró más allá jinete en un caballo a un caballero.

—¿Dónde va tan de prisa el biznieto de don Gil?—le dijo.

—No soy el biznieto de don Gil—contestó el caballero—; soy un nieto del biznieto de don Gil, que viene a buscar otro Juan que pague con su descendencia a mí y a los míos otras cien veces el valor de las tierras de mis antepasados.

El cuervo se alejó, y dijo graznando:

—Soy más libre que los Juanes, porque puedo posarme libremente en la rama que se me antoja. Soy más noble que los GILES, porque no arranco los ojos de los hombres hasta que están ya muertos.

FIN

Solo la unión de los republicanos
de izquierda, con las izquierdas pro-
letarias, puede terminar con el actual
estado de cosas.



1102812163



EL FARO

127, Hospital, 127

Teléfono 18241

Almacenes de SASTRERIA A MEDIDA

Ropas confeccionadas
para CABALLEROS Y NIÑOS

Gran surtido - Precios muy económicos



Polonio & Margelí - Impresores - Entenza, 1 - Barcelona

Biblioteca Nacional de España